

UN PRÓLOGO CASI ESNOB

José Carlos Llop

Todos hemos tenido nuestros autores secretos. Escritores, contemporáneos o no, que parecía que nos hablaban solo a nosotros mientras el resto del mundo permanecía al margen —excluido— de nuestra conversación. Porque exactamente era eso lo que creíamos mantener con ellos, una conversación privada. Cuando alguno de esos autores empezaba a ser más conocido por los lectores, se reeditaba, o se traducía a tu propia lengua, el hecho de compartirlo no producía felicidad alguna, sino cierta incomodidad. Nacía ahí un sentimiento de pérdida y un recelo silencioso ante la vulgarización —o su fantasma— de lo que hasta ahora era una satisfacción íntima. De los miembros del Club de los *Happy Few*, ese reducto de la primera juventud. Una de las consecuencias ante el sentimiento de usurpación pública, era la expulsión de aquel autor de nuestro paraíso privado. Sin que él hubiera hecho nada para merecerlo. Sin que él hubiera logrado más que lo que quiere todo escritor. Sin que la innobleza fuera suya, sino nuestra, por pagarle de esta forma el placer y el conocimiento compartidos mientras duró esa

relación, casi en solitario. He aquí, pues, uno de los rasgos del esnobismo.

Pero no vayamos por ahí todavía. Volvamos atrás. A la ciudad de Cognac en otoño de 2006, donde yo estaba invitado a un festival de literatura. Después de uno de los encuentros nos paseamos, el crítico Olivier Mony y yo, por la exposición de libros que había junto a la estación. Sabedor de mi devoción por la escritura de Bernard Frank, Mony me acercó una biografía recién aparecida y escrita por un viejo amigo del escritor. La compré inmediatamente.

De la complicidad del gran paseante de París —el Saint-Simon de la segunda mitad del siglo xx— hasta otros años sesenta, diferentes a los vividos por Bernard Frank: Olivier Mony tenía otro libro entre las manos en cuya cubierta aparecía Anita Pallenberg, una de las grandes musas —junto a Marianne Faithfull, Nico, Tina Aumont y tantas otras— de la cultura pop-rock. El libro se titulaba *Égeries Sixties* y trataba de la época en que Carnaby Street también tuvo embajada en Saint-Germain y por esa embajada circuló todo el *gotha* de la cultura rock, mezclándose con el París de Zouzou, Gainsbourg o Jodorowsky, a la sombra de los chaneles y los cafés de siempre. Su autor se llamaba Fabrice Gaignault y nunca había oído hablar de él. Había publicado una novela en La Table Ronde y era redactor jefe de la sección de Cultura en la revista *Marie-Claire*. «Te gustará —me dijo Mony—, es uno de los nuestros».

Aquella noche, en el hotel, leí el prólogo y en él unas palabras que llamaron mi atención. Se las había dicho a su autor el novelista norteamericano Nick Tosches —de quien nada sabía entonces, ni sé ahora— al mismo Fabrice Gaignault, refiriéndose a esas musas —o egerias, como las llama el autor— de los sesenta. «Yo no sé si estas chicas tuvieron una gran influencia sobre el rock and roll, pero no dudaría

ni un segundo respecto a la gran influencia que han tenido sobre sus allegados, aquellos tipos con los que compartieron un fragmento de su existencia y después, sobre todos los demás, la multitud anónima, y esto es, con mucho, lo más importante». La multitud anónima. Entendí que Gignault y Tosches se referían a nosotros, los que salimos a la calle en los setenta y en ella encontramos aún el eco espléndido y también tremendo de aquellas grandes damas de una nueva forma de vida que iluminó como un relámpago nuestro tiempo. Quien no lo vivió, no sabe de lo que hablo. (Y esta frase, además de la verdad, también encierra un tic esnob.) Quien no lo vivió que escuche, al menos, la versión de la canción de Van Morrison, *Madame George*, en la voz de Marianne Faithfull. (Y esta frase es una traición al esnobismo: el desvelamiento de un placer privado.)

Un año después se publicó en París este *Diccionario de Literatura para esnobs y sobre todo* —y el ‘sobre todo’ estaba escrito en cursiva— *de quienes no lo son*. Lo más probable es que su aparición me hubiera pasado por alto, salvo de haber leído alguna crítica en la prensa francesa. Ahí el nombre de su autor me habría devuelto a sus *Égéries Sixties* y a una de las noches pasadas en Cognac. Pero no leí ninguna y tampoco visité ni París ni sus librerías en ese momento. Al cabo de unas semanas recibí una carta de mi editora parisina en la que recogía una entrada de ese *Diccionario*, entrada que hizo que encargara un ejemplar con urgencia. La entrada en cuestión —comprobé con sorpresa— trataba de mí. Por un lado, me gustó: el hecho se sumaba a la grata acogida que habían tenido en Francia mis dos primeras novelas allí publicadas. Por otro, pensé, si estaba yo, los españoles debíamos resultar un bien codiciado —una rareza— para los esnobs y como mínimo habría veinte o treinta autores más. Me equivocaba

(y contarle es mi tercer detalle esnob). Aparecía citado mi amigo Enrique Vila-Matas y supuse que esa sola cita, sin entrada, se debía a lo conocido que era ya para el lector francés, asunto este que, pese a ser su literatura una literatura idónea para aquel diccionario, le excluía en parte —deduje— por haber perdido ya su carácter minoritario. Tampoco figuraba Gómez de la Serna, al que el libro en cuestión también iba como anillo al dedo. Y sin embargo ahí estábamos Max Aub y yo —perdón—, acompañados del gran Nicolás Gómez Dávila. Solos los tres. O mejor, solo yo, a la sombra de aquellos dos grandes baobabs. Así que interpreté mi inclusión en aquel *Diccionario* como un regalo personal y caprichoso —y no como fruto crítico de un método estricto— y que entre los agradecimientos del autor figurase en lugar destacado el crítico Olivier Mony, me hizo comprender con claridad la causa de ese regalo. Y lo hizo más valioso. Hablo de sentimientos, no de valores literarios.

A principios del año siguiente fui a París invitado por la editorial. Acababa de publicarse otra de mis novelas y tenía que entrevistarme con periodistas, críticos y escritores, una costumbre parisina —la de poner en contacto a unos escritores con otros— que habla de los grados de civilizado refinamiento de una cultura literaria. De fe en la literatura y los escritores. Fabrice Gaignault fue uno de los que me visitó en el hotel. Era un hombre alto y tímido, me pareció, que me habló de que le gustaba interpretar a los cantantes que habían educado sentimentalmente a nuestra generación. Lo hacía en una cava germanopratese y sus favoritos —ahí éramos cómplices— eran Leonard Cohen y Neil Young. Había algo de quien no quiere desprenderse de una época determinada en sus palabras y ahí también había complicidad. Quien ha visto la luz del Gran Relámpago cruzando su juventud, no la olvida nunca. Por desgracia aquella noche regresaba a Mallorca

y no pude asistir a la velada musical de Gignault. Pero sí comunicarle la alegría que había supuesto para mí la inclusión en ese *Diccionario* y en tan fabulosa compañía. (La escritura de este prólogo no es más que una prolongación de aquella alegría y otra forma —algo esnob, sin duda— de manifestar nuevamente mi agradecimiento a Gignault y a Mony.)

Regreso, pues, sin haberme ido, al *Diccionario de Literatura para Esnobs y (sobre todo) para quienes no lo son*. En ese «sobre todo» —que esta edición coloca entre paréntesis— está la clave del libro. Cualquiera de los que hayan padecido alguna vez en su vida la fiebre del esnobismo artístico y literario conocerá la mayoría de nombres que en él figuran y, si no, sabrá de la atmósfera de donde surgieron. Leerá al comienzo la sección de «Los diez libros odiados por los esnobs literarios» y sabrá de lo que le están hablando, al menos en la mitad de los citados. (Particularmente hay seis de ellos con los que nunca pude.) Pronunciará dos palabras —Barón Corvo— y se sentirá miembro de una conjura de su pasado. Porque este libro nos habla, sobre todo, de nuestro pasado; de esa educación sentimental que tuvo en la música su principal bandera, y en la literatura, su rearme *maudit*, lautremontiano, si puede decirse así. Este es un libro que desvela algunos mitos literarios —unos más secretos que otros— de los sesenta y setenta (¿Qué hago yo aquí?, me pregunto a lo Chatwin) y en eso no es un libro esnob. Sin la exclusividad de la reserva, no hay esnobismo posible. Aunque imagino que Gignault debe de haber silenciado algunas figuras de su altar personal. Para no decirlo todo. Porque nunca debe decirse todo (y esto, aunque lo parezca, no es una máxima esnob).

Hubo un tiempo en que el mundo parecía un lugar feliz. O mejor: que podía serlo. Algunos conocimos ese tiempo: su apoteosis —aquellos que lo vivieron en su esplendor— o su

ocaso —los que vivimos su final—. Bardot, Deneuve y Birkin amaron a Gainsbourg y los Rolling establecieron su cuartel general en la Costa Azul. Detrás de eso está Durrell y está, también, Jean Cocteau. Detrás de esos tiempos está la literatura de tantos que siguieron la estela rimbaudiana sin llegar a ser jamás Rimbaud. Detrás de esos tiempos está la creencia en que el mundo podía ser mejor de lo que es y en que se era inmune al lado peligroso de la vida. Alguien dirá: ¿qué tiene que ver Lou Reed con Anna de Noailles? Pues más de lo que pueda parecer en principio.

Veamos, por ejemplo, la breve entrada correspondiente a Marcel Proust: «El maestro de ceremonias anuncia a los invitados llegados y por llegar, pero tiene la suma cortesía de no extenderse sobre sí mismo (1871-1922)». O las primeras líneas de la correspondiente a Vanguardia —que por cierto se salta las verdaderas vanguardias de los años veinte y treinta para ir directamente a nuestra juventud—. Son estas: «corriente de pensamiento pachulí de los años setenta, ya ajada a principios de los ochenta, unos años demasiado posmodernos como para apreciar el perfume de aventuras y de alegre revolcadero intelectual del decenio anterior». Eso dicen estas líneas, y de aquel revolcadero y sus pasiones y reivindicaciones salen muchos de los nombres de este *Diccionario*. Con la sonrisa de Scott Fitzgerald en portada y la mirada de Isidore Ducasse en la contra. Entre ambas desfilan novelistas, poetas, diaristas, editores —imprescindibles las semblanzas de Christian Bourgois y José Corti—, aforistas, alcohólicos, aristócratas, drogadictos, estetas, dandis y moralistas. Quien no sea esnob y se pierda entre sus páginas, hallará una novela de personajes fascinantes. Quien conozca el mundo que retrata Fabrice Gaignault, añadirá o restará, pero se encontrará como en casa, pensando que por fin, alguien ha puesto un poco de orden en esa casa, en la que también habitan Chamfort y

Camus, ajenos al misterio y la rareza. Y quizá cierre el libro gritando, una vez más, tres hurras por Harold Acton. O recordando las cartas entre Evelyn Waugh y su amiga Nancy Mitford. O dando las gracias a Patrick Mauriès por su labor en *Le Promeneur*.

Cuando yo lo acabé, pensé en aquel maravilloso retablo barroco del disco Sgt. Pepper's y su club de corazones solitarios. Bastaba con sustituir los rostros de aquel disco por los de los que aparecen en este *Diccionario*, tan bello como divertido. Pero como mientras fui joven milité en las filas de los Rolling antes que en las de los Beatles, busqué en *youtube* una vieja versión en directo de una de mis canciones preferidas, *Wild horses*, y el saber que todos viven aún —no da la impresión de que así sería, en esa grabación—, me consoló del lado más oscuro de estas páginas. (Y en el consuelo nunca hay esnobismo.) En cambio sí lo hay en la ruptura de aquella regla sagrada del esnob que consistía en no mostrar sus cartas secretas. Fabrice Gignault lo ha hecho. Pero esta es otra historia, aunque no deje de ser la misma.

JOSÉ CARLOS LLOP



DIEZ LIBROS ODIADOS POR LOS ESNOBS LITERARIOS

Bella del Señor, de Albert Cohen

El extranjero, de Albert Camus

El amante, de Marguerite Duras

El principito, de Antoine de Saint-Exupéry

La condición humana, de André Malraux

Las uvas de la ira, de John Steinbeck

El viejo y el mar, de Ernest Hemingway

La náusea, de Jean-Paul Sartre

La espuma de los días, de Boris Vian

En el camino, de Jack Kerouac



A

ABATE MUGNIER. Antiguo director espiritual de Huysmans, que aconsejó a Charles du Bos que emprendiera la redacción sistemática de su *Diario*, el abate Mugnier es una de las figuras más atractivas del mundillo de las letras. Desde 1879 hasta poco antes de su muerte, en 1944, aquel a quien, en los cenáculos parisinos, llamaban *el confesor de las duquesas* hizo cada noche, antes de acostarse, un minucioso informe de sus garbeos por los salones de la capital, donde las sutilezas reflexivas conforman, junto con las más afflictivas banalidades, un apasionante corro. Aquel hombre de mundo tenía toda la pinta de un cura de pueblo, un rubiajo de zapatones cuadrados y sotana raída cuyo segundo dios era Chateaubriand, y su breviarío secreto las *Memorias de ultratumba*; aunque también tenía algo de adorador pagano ante el altar donde arden los aciertos expresivos, piadosamente recogidos, de sus ídolos. Este lector de Cocteau, de Proust, de Morand y Valéry, descrito precipita-

damente como un Cándido extraviado en el país de las víboras plumíferas, era capaz de comerse en pocas líneas a una de esas eminencias de las letras que lo toleraban. «Parásito de vivos y muertos», tal como él mismo se retrató con severidad en 1921, el abate también sabía soltar andanadas que solían dar en el blanco. A una actriz ya entrada en años que le expuso su caso de conciencia: «Cuando paso ante un espejo, exclamo: ¡qué guapa soy! ¿Es eso pecado?», contestó: «No, solo es un error».

ACKER, KATHY. Escritora tatuada de rostro andrógino, adepta del *bodybuilding*, autora de una obra que mezcla pornografía, fragmentos autobiográficos y préstamos de textos ilustres, todo ello amasado, triturado y escupido para parir una forma de literatura ignota hasta la fecha. Nacida en 1947 en Nueva York en una familia de origen judío alemán, quien aún se llama Karen Alexander emprende estudios literarios antes de convertirse en asistente del pensador de la contestación Herbert Marcuse. Por aquel entonces, se gana la vida haciendo *strip-tease* en pleno Times Square (una experiencia que revolucionará su visión de la sexualidad, del género y de las clases, y que le enseñará lo



que vendrá en denominar «política de la calle»). Durante los años setenta y ochenta, Acker participó de modo activo en la escena literaria y musical del SoHo y de San Francisco, colaborando en aquella ciudad con el conjunto punk lésbico Tribe 8, y compartiendo vida durante seis años con Peter Gordon, de los Love of Life Orchestra. Tras regresar a Nueva York, colaboró con los Contortions, que más adelante se llamarían James White and the Blacks, y luego los Lounge Lizards. Kathy Acker, que reivindicaba la herencia francesa, desde Rimbaud hasta Pierre Guyotat, a quien tradujo al inglés, no vacilaba en copiar pasajes de obras maestras de la literatura universal, una actitud que le valdría ser tildada de *pirata*, y que ella justificaba irónicamente explicando que, al fin y al cabo, «copyright» significa «derecho a copiar». Heredera de **Burroughs**, que decía de ella que era una «Colette posmoderna», Kathy Acker se impuso en el mundo literario de vanguardia en los años noventa antes de morir de un cáncer de pecho en 1997, en Tijuana, México. Sus excesos, su *glamour*, su mirada, su humor, la grandeza de su visión y su insatisfacción crónica hicieron de ella, según su amigo Robert Glück, *una formidable autora trágica*. Kathy Acker, uno de los últimos vínculos directos con la **Beat Generation**, llevó aún más lejos la técnica del *cut up*, yuxtaponiendo fragmentos autobiográficos, fantasmas sexuales (sobre todo sexos femeninos) y *collages* de secuencias textuales de Cervantes, Sade, Dickens, Proust, Pasolini, **Violette Leduc**; y confiriendo a esos conjuntos una voz única, fuerte, frágil, excesiva, extralimitada. Nos ha dejado obras, no traducidas al español, como *Sangre y entrañas en el instituto* (1984), *Don Quijote que fue un sueño* (1986) o *Mi madre: demonología* (1995).

ACTON, HAROLD. Literato, coleccionista y dandi reluciente (1904-1994) de origen angloamericano, aunque de corazón

resultantemente italiano por haber nacido en la Villa la Pietra, la ancestral propiedad familiar situada en las afueras de Florencia, donde aquel enamorado del pasado acabaría su dilatada existencia de sibarita culto. Parangón de *bright young thing* en los años veinte, Harold Acton fue la comidilla de las revistas de sociedad de entonces por sus fatales ocurrencias y su extravagante comportamiento. Un comportamiento que inspiró a su condiscípulo oxoniense Evelyn Waugh el personaje extremadamente «loca» de Ambrose de Silk de *Rendid más banderas*, y el de Anthony Blanche, el estudiante excéntrico de *Retorno a Brideshead*. Harold Acton, heroico oficial de la Royal Air Force durante la Segunda Guerra Mundial, dedicó su larga existencia a la poesía, a la novela (*Peonías y ponis*), a la historia (*Los Borbones de Nápoles*), a la enseñanza y a la filantropía. La llegada al poder de Mussolini lo deprimió, por lo que dejó Italia, adonde había regresado tras finalizar sus estudios, y viajó a China para quedarse allí hasta la guerra, enseñando literatura inglesa en la universidad de Pekín y traduciendo una antología de poesía china. Mientras visitaba el barrio de los eunucos de la Ciudad Prohibida, su honorable guía le preguntó: «¿Tienen ustedes esto en su país?» a lo cual Acton contestó: «Sí, en mi país esto se llama **Bloomsbury**.» Pero fueron sus *Memorias de un esteta*, un fabuloso viaje al final del hombre y sus singularidades, éticas, estéticas y sexuales, las que asentaron la fama de aquel católico provocador que cumplió hasta el final la misión que se había asignado de aguijonear «la rabia en el corazón de los filisteos».

ADRIEN, YVES. Periodista, crítico y escritor francés a quien se puede, por derecho, considerar la reencarnación roquera de

Joséphin Péladan. Suele llevar un *chapka* moscovita, chaqueta de pana raída, vaquero negro y botas camperas a lo Johnny Thunders. Esto es lo que puede leerse en la contracubierta de *NovöVision*, la obra maestra de este *fin de siglo* eléctrico, adepto de los astros: «1973, inventa el Punk. 1974, reniega de él y se recluye. 1977, año punk-bostezo. 1978, inventa los años ochenta. 1979, se cansa de ellos. 1980, publica *NovöVision – Las confesiones de un cobaya del siglo*, y se retira. 2000, regresa, publica en 2001 *Un Apocalipsis rock*, y se eclipsa. 2001, muerte filosófica del autor. Entra en escena su sucesor, el escritor fantasma 69-X-69. 2002, nace la *Biblioteca fantasma*. Segunda puesta en órbita de *NovöVision*, pequeña Biblia blanca de todo adepto al culto». Esta extraña criatura que podría ser hijo de bigotudo decadente de finales del XIX y de androide post-punk, venerado por una camarilla de incondicionales, fue vendedor de discos en Open Market antes de convertirse, durante los años setenta, en periodista de *Rock & Folk*, donde «canta el rock eléctrico». Arrasó con los nombres de Sweet Punk, Eve Punk, antes de bautizar el post-punk con una palabra: «Novö», y de cambiar de nombre para convertirse en Orphan, el chantre robótico de los albores de 1978 que ensalzaba con una prosa inimitable los derivados post-punk: «Aftersex, Afterwave, TechnoFunk, MetalDiskö, NovöRock, NovöPunk, NovöWave – gran cosecha» (en *F de Fantasmización*). Desconcertante hasta en su muy prolongada y nunca explicada ausencia de Francia, que hace de él una especie de Jacques Vergès novoide, y en sus chifladuras: invitado por Thierry Ardisson a su programa televisivo, este gran **Invisible** consiguió que llenaran su camerino de flores de lis, para evocar lo que esperaban encontrarse quienes visitaban a Robert de Montesquiou en su casa, pero acabó dando un plantón al presentador. El estilo de Yves Adrien, tan enigmático como llameante, le viene

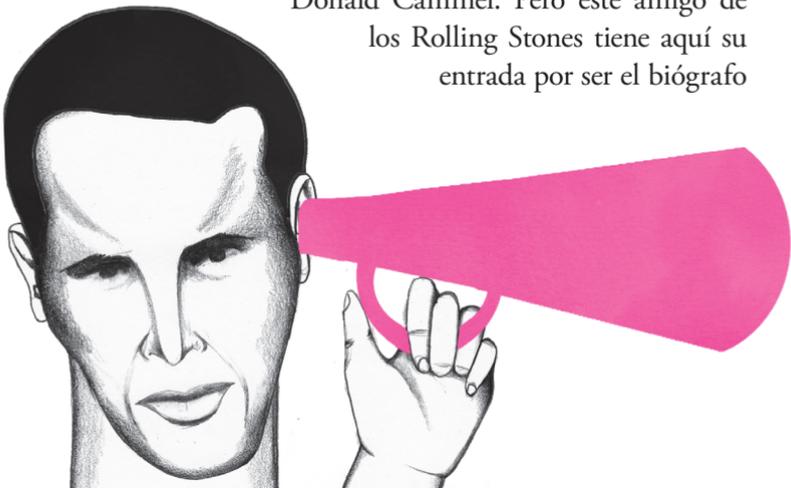
del Huysmans de *A contrapelo*, pero también de Rémy de Gourmont, **Marcel Schwob**, y, por supuesto, de **Sar Péladan**. Quien tan bien definiera a Iggy Pop en el Palace como un *yonqui arrepentido convertido en gimnasta*, se define a sí mismo como un diletante francés con un solo lema: *Disentir de todo, incluso, y sobre todo de uno mismo*.

AGUEEV. Extraña resulta la historia de este extraño personaje anónimo, autor de una extraña novela sin duda autobiográfica. El texto de *Novela con cocaína* fue enviado desde Constantinopla a París en los años treinta. Se publicó por entregas en la revista rusa *Números*, y no fue traducido al francés hasta los ochenta para convertirse casi de inmediato en obra de culto, a veces por motivos periféricos y no demasiado interesantes (el excitante título, la misteriosa y jamás desvelada identidad del autor, una vez descartada la pista Nabokov). *Novela con cocaína* no es en absoluto una novela sobre la nieve, aunque esta ocupe un lugar importante en la vida del narrador, un joven moscovita extremadamente lúcido de cuyos juicios no se libran ni sus allegados ni tampoco él mismo. El doble de Agueev corre tras la felicidad como un cazador de mariposas, y halla por fin la explicación en el consumo de **cocaína**: «La felicidad no es sino una hábil fusión de dos elementos: la sensación física de la felicidad y el acontecimiento externo que es el acicate físico de esa sensación».

ALGONQUINES (Los). Despiadado *gang* neoyorquino de gatillo literario fácil que hizo estragos entre 1919 y 1929 en el hotel Algonquin de la calle 44. Dicho establecimiento se convirtió en el centro de la vida literaria y teatral del Todo Manhattan bajo la batuta de su propietario Frank Case. Si bien Douglas

Fairbanks Sr., John Barrymore, **H. L. Mencken**, Gertrude Stein y Eudora Welty fueron asiduos, dicho establecimiento debe su legendaria reputación a los pilares de la célebre Tabla Redonda de la Rose Room, el restaurante del hotel. Una reputación que hizo decir a John F. Kennedy: «Siendo adolescente, soñaba con tres cosas: convertirme en un héroe como Lindbergh, aprender chino y ser admitido en la Tabla Redonda del Algonquin». Los *acid-tongued wits* **Dorothy Parker**, George S. Kaufman, Harold Ross (fundador del *New Yorker*) y **Robert Benchley** organizaban casi a diario unos despiadados torneos ante el rebaño de esnobs rechazados en espera de una improbable sesión de repesca. Harpo Marx y Ring Lardner fueron de piñón fijo; el dramaturgo británico Noël Coward estuvo, en cambio, en un tris de que lo botaran por haberse dejado planchar por la premio Pulitzer Edna Ferber. Un día que le soltó: «Edna, parece usted casi un hombre», ella lo paró en seco: «Usted también, Noël».

ANGER, KENNETH. Cineasta estadounidense fascinado por Aleister Crowley, el gran maestro inglés del satanismo, que empezó haciendo películas de estética gay entre juventudes hitlerianas peroxidadas y moteros cachas. Podríamos citar *Fireworks*, venerada por Jean Cocteau y Tennessee Williams, *Scorpio Rising* y *Lucifer Rising*, donde aparecen Marianne Faithfull y Donald Cammel. Pero este amigo de los Rolling Stones tiene aquí su entrada por ser el biógrafo



cotorrero de la cara oculta de Hollywood en un estupendo libro escrito en francés mientras vivió en París. *Hollywood Babilonia*, publicado por entregas en los *Cahiers du Cinéma* antes de ser publicado con formato de libro en 1958, no nos ahorra nada de las bajezas cometidas por generaciones de actores bisexuales morfinómanos, de actrices prostituidas, de productores orgiásticos, de polis adeptos a las *snuff movies*, de agentes psicópatas, de jóvenes galanes «suicidados» de manera un tanto forzada. Este infierno en el paraíso del technicolor, que **Dominick Dunne** vivió con el asesinato de su hija actriz, convierte las obras de James Ellroy en amables sucedáneos de revistas para colegialas. A Kenneth Anger, autor de una *suite* en 1984, lo adora todo esnob que se adhiera secretamente a la filosofía de Mae West (1893-1980), la estrella ninfómana que presumía, estando en las últimas, de tener eternamente «veintisex años». Esta cabía en siete palabras: «*Never too much of a good thing*», que podríamos traducir por «Lo bueno nunca sobra»... Habrá que leerlo.

ANONYMOUS. *Gentleman* británico de compulsiva lubricidad que, al amparo del anonimato, contó en el siglo XIX su *Vida secreta* en un caudaloso texto por el que corren cataratas de semen. No menos misteriosa que la de Jack el Destripador, la identidad de ese estajanovista del coito, para quien «la jodienda es la gran humanizadora del mundo», sigue planteando un sinnúmero de interrogantes. ¿Quién se oculta tras ese Fornicator de partícula, ese insaciable *Walter Fucker*? Misterio. En cambio, los exegetas admiten que Anonymous, abuelo priápico de **Catherine Millet**, supo darle brío a su elegante pluma como entomólogo de coños y culos. Razón más que suficiente, a ojos de determinados esnobs, para poner esta «Busca del tiempo perdido con las mujeres (y los

hombres)» al mismo nivel que la obra, menos obsesivamente carnal, del tío Marcel.

A. O. BARNABOOTH (LOS POEMAS DE). Libro de poemas a la gloria de un nomadismo electivo y selectivo publicado en 1913 por el joven Valéry Larbaud, en el que permanece intacta la atmósfera de *pullman* acolchado y de trasatlántico bamboleado por el océano. También debemos a este rentista, chico de buena familia, los deliciosos *Infantiles* y *Fermina Marquez*, así como *Ese vicio impune, la lectura*, un libro dedicado básicamente a la literatura anglosajona, territorio predilecto de ese descubridor y traductor de James Joyce. A. O. Barnabooth es un doble muy afilado del suave Larbaud, un misántropo que hacía cruceros por despecho y rebeldía: «En mí veis a un hombre / cuyo sentimiento de la injusticia social / y de la miseria del mundo / ha enloquecido del todo». Por consiguiente, ese «enamorado del mal» decidió hacer «todo lo que está justamente prohibido, y también sumergirse en la infamia como si fuera un lecho mullido»... Un **Des Esseintes** de coche-cama con, al alcance de la mano, un alma de lanzador de cócteles Molotov. A. O. Barnabooth es un errabundo que siente curiosidad por un mundo que visita como si fuera una gran ciudad donde se entremezclan rostros de mujeres evocadas «en tono de cuchicheo confidencial», como tan bien señalaba Robert Mallet. Ese hombre, que era Larbaud sin serlo, es un ser lúcido arrastrado por una fantasía de viajero jamás ahíto de *la grandiosa imprecisión de los horizontes urbanos*. A. O. Barnabooth es una especie de tío abuelo espiritual de **Michel Bulteau**.

ARBASINO, ALBERTO. Escritor, periodista e impávido crítico italiano nacido en 1930, que ha colaborado en *L'Espresso*, *Il*

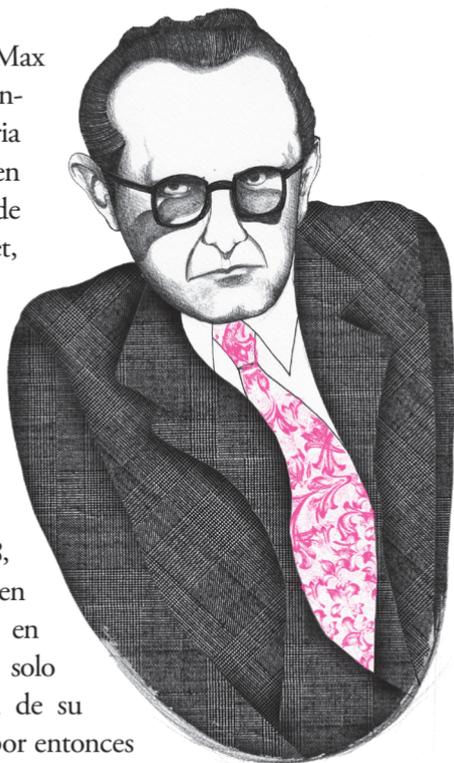
Giorno, Il Corriere della Sera y, sobre todo, en *La Repubblica*, donde sigue siendo un crítico influyente. Literato mundano de inteligencia deslumbrante, aunque a veces se achispe escuchándose y leyéndose, con un gusto por la paradoja y por las comparaciones improbables que hacen de él una especie de esquiador *fuera de pista*, Alberto Arbasino es capaz de citar convincentemente a Rita Hayworth y a León Trotsky en la misma frase. Señalemos su cosmopolitismo, bastante raro en ese muy provinciano país que es Italia. Brillante cronista de las muy ricas horas del París literario y artístico de los años cincuenta, unos recuerdos reunidos en *París ó París*, por donde desfila un ejército de espectros, de Céline a Mauriac, de Cocteau a Jouhandeau, de Simenon a Roland Barthes, todos prestos a la confidencia y a la polémica pues la vieja Francia siente un voraz apetito de novedad: Nueva Novela, Nueva Ola, Nueva Crítica, *Nueva Revista Francesa*, *Nuevas Letras*; esto es, otros tantos jóvenes turcos que intrigan a ese italiano que se acomoda por igual en un club nocturno y en un plató de cine o en un salón ahumado de la *rive gauche*... En efecto, el autor de *La Bella de Lodi* posee una capacidad de escucha excepcional, una manera atrevida, irónica y graciosa de referir expresiones a menudo feroces (Céline), o pérfidas (Mauriac). Autor de obras tan sutiles como inteligentes, Alberto Arbasino sigue siendo una especie de memoria intelectual y *jet-set* de un mundo en vía de extinción.

ARCANGUES, GUY D'. El mejor personaje de Guy d'Arcangues es Guy d'Arcangues (1924-2004). Con él, si bien el señor marqués salía siempre a las cinco, no había manera de saber la hora de regreso. La vida a modo de borrador, la ligereza como forma de educación. En el restaurante Castel, en los *greens* del

mundo entero, como reportero para *Paris Match*, vestido de esmoquin en el Hôtel du Palais o de señor del castillo en su propiedad de Arcangues, Guy d'Arcangues paseaba su vida con la sonrisa en los labios, como hombre de buena compañía que era, además de gallardo. Un día con Bardot, Fellini o Soraya, otro cortando el pelo en Biarritz, en memorada escena, a su amigo Sinatra, que ya solo juraba por ese Fígaro improvisado, hasta el punto de enviarle un día su reactor privado para que acudiese a Nueva York a hacerle un corte antes de un recital... Pero (siempre hay un pero en esos retratos de época) Guy d'Arcangues tenía su secreto, una gracia que a veces le estorbaba: era poeta, y uno de los mejores de su generación. ¿Acaso puede escribir un marqués? Novelista (*El silesiano*, *Los tambores de septiembre*), memorialista (*El oportunista*), poeta, la obra de d'Arcangues queda aún por descubrir. O sea, que tenemos motivo para el regocijo.

AUB, MAX. Eterno fugitivo, nacido en 1903 en París de padre alemán y madre parisina de origen judío alemán, muerto en 1972. La familia se vio obligada a cambiar Francia por España a principios de la Primera Guerra Mundial, al ser el padre considerado traidor por no haber renunciado a su nacionalidad. En 1922, Max Aub escribe su primera obra teatral, *Narciso*, y frecuenta los cafés literarios españoles. Allí se reúne con Buñuel, Dalí, Miró o Picasso, y se hace con una sólida cultura artística. En 1936-1937, es agregado cultural de la embajada española en París, y, como tal, participa en la organización de la Exposición Universal, para la cual encarga a Picasso el *Guernica*. Su encuentro con Malraux, que será un fiel amigo, lo lleva a colaborar en *Sierra de Teruel*, la única película del escritor salida de la novela *La esperanza*. Miembro del PSOE y de la Alianza de Escritores Antifascistas para

la defensa de la cultura, Max Aub tiene que volver a abandonar su país tras la victoria franquista. De regreso en París, lo envían al campo de concentración del Vernet, antes de ser transferido a Argelia. Gracias a las intervenciones conjuntas del cónsul de México y del jefe de la policía gaullista, Max Aub consigue exiliarse en México. Vuelve a Francia en 1958, pero se siente rechazado en un país que se empeña en negarle la nacionalidad, solo obtenida por mediación de su amigo André Malraux, por entonces ministro de Asuntos Culturales. Este milagroso superviviente del horror nazi será por siempre el autor de una joya de culto, *Crímenes ejemplares*. Este libro, publicado en 1957 en México, viene a ser un catálogo de ochenta y siete crímenes cometidos por irritación, impaciencia, caridad o principios, jamás por un motivo crucial sino en situaciones grotescas, entre las cuales retenemos esta al azar: «*Mató a su hermanita la noche de Reyes para que todos los juguetes fuesen para ella*», y esta: «*La hendí de abajo a arriba, como si fuese una res, porque miraba indiferente al techo mientras hacía el amor*».



AUGIÉRAS, FRANÇOIS. Escritor muerto como ermitaño, en 1971, tras haber vivido en una cueva del Périgord. Guapo,

místico, aborrecía la mundanalidad, sobre todo la que se organizaba en torno a los libros (incluso los suyos). Gide se fijó en él, pero prefería perderse por los desiertos de África o por las cuevas del monte Athos, donde aprendió el arte del icono y descubrió las caricias de los monjes. Sensual hasta el ascetismo, Augieras parece vivir de orgasmos y de té caliente, emborracharse de voluptuosidad dentro de una exaltación erótica de la caridad cristiana. Sus libros, entre los cuales destacan *Un viaje al monte Athos* y *El anciano y el niño*, este con el seudónimo de Abdallah Chamba, llevan por siempre la huella de sus sueños sedientos de edenes.

AURY, DOMINIQUE. Mujercita con pinta de mecanógrafa de la preguerra, de inteligencia vivaz y notable cultura, fue la inamovible secretaria general de la casa Gallimard, y accesoriamente la amante del escritor y eminencia gris de las letras, Jean Paulhan. Autora, tardíamente desenmascarada, de *Historia de O*, una interesante novela sadomasoquista, firmada Pauline Réage, que está en el origen de la afición de las amas de casa precincuentonas a las pinzas para la ropa, a las cuerdas con nudos y los collares de perros. Esta novela de chispeante encanto exhala un perfume añejo de prohibición gaullista que aún puede producir estremecidas excitaciones en los sótanos de algún chalet de piedra de Nouan-le-Fuzelier, ya que, como ya señalara el moralista colombiano **Nicolás Gómez Dávila**, las perversiones se han convertido en parques suburbanos frecuentados en familia por la muchedumbre dominical. Dominique Aury se ha ganado la adhesión de los esnobs literarios por la adaptación inacabada que hizo de *Historia de O* el cineasta y escritor **Kenneth Anger**, y por la biografía exhaustiva que no hace mucho le dedicó Angie David. Catherine Robbe-Grillet es el avatar

más interesante de la dama de *Historia de O*. «El siniestro es usted, y la pornógrafa soy yo», declaró un día Dominique Aury a Marcel Arland.

AUTOFICCIÓN. Género literario muy cultivado en Francia aunque no muy del gusto de los esnobs literarios, quienes le achacan, con un dejo de mala fe y no poca exageración, un tufo a gabinete ginecológico que corta el apetito, una definitiva falta de sencillez, de modestia y de humor en el estilo, y una escritura tosca, a menudo semejante a un disparo de tanque. Según esos burlones, ese juego en torno al «yo erizado de intenciones del psicoanalizante», por retomar la fórmula de Pierre Michon, no haría sino girar en vacío.

AXA, ZO D'. Nacido Alphonse Gallaud en 1864, a Zo d'Axa (*vivo mordiendo*, en griego) lo apodó Clemenceau el *Mosquetero rojo*. Dandi vociferante de orientación libertaria, descendiente de La Pérouse, escritor mordaz, lo alabaron autores tan dispares como Jules Renard, Laurent Tailhade y Octave Mirbeau. Tras estudiar en Saint-Cyr, Zo d'Axa se alistó con dieciocho años en los cazadores de África, y desertó llevándose consigo a la esposa del capitán. Refugiado en Bruselas, se inicia en el periodismo y, tras haber publicado un ensayo poético, se instala en Roma, donde frecuenta la Villa Médicis. La amnistía de 1889 le permite regresar a Francia. Indignado por la miseria, abraza la causa del anarquismo y edita *L'Endehors*, el primero de los periódicos comprometidos, donde desata su furia, concretamente contra los presidios infantiles, que consigue hacer prohibir, contra los «maniacos antisemitas» y los secuaces del orden moral («¿Ya no es libre la jodienda?», sobre el criticado safismo de María Bonaparte). Harto ya de

sus problemas con la justicia, Zo d'Axa viajó a Londres antes de embarcarse para El Pireo con unos desertores italianos, luego a Constantinopla y Jaffa, de donde fue expulsado. Tras cumplir dieciocho meses como preso político en París, publica *Desde Mazas hasta Jerusalén*, que es un éxito. En 1900, este trotamundos asocial se embarca para una vuelta al mundo, por donde no ve más que hombres *cavernosamente* malvados. Decano de los grandes reporteros, va enviando series de artículos que los lectores se arrancan de las manos. Después de regresar a Francia, se compra una gabarra y acaba recalando en Marsella. Hasta su suicidio, tras la muerte de su mujer. Ese espléndido espécimen del anarco-dandismo era hermano de Marie d'Axa, que vivió varios años en el por entonces prohibido Tíbet, disfrazada de hombre, y que publicaría luego una historia del budismo premiada por la Academia Francesa.

